

to, tenía contrahechas muy al natural, así de oro y plata como de pedrería y de plumas, en tanta perfección que casi ellas mismas parecían: de las cuales todas, me dió para V. A. mucha parte, sin otras que yo le di figuradas, y él las mandó hacer de oro, así como imágenes, crucifijos, medallas, joyeles y collares, y otras muchas cosas de las nuestras, que les hice contra hacer.

“Cupieron asimismo á V. A. del quinto de la plata que se hubo, ciento tantos marcos, los cuales hice labrar á los naturales, de platos grandes y pequeños, y escudillas y tazas y cucharas, y lo labraron tan perfecto, como se lo podíamos dar á entender.”

Respecto de los demás metales, dice Cortés que en el gran mercado de Tenochtitlán, además del oro y de la plata, se vendía cobre, plomo y estaño.

Con relación al cobre, dice Bernal Díaz, refiriendo el viaje que hizo por las costas de Anáhuac el capitán Juan de Grijalva:

“Y desde que lo supieron los de Guazacualco, y de otros pueblos comarcanos, que rescatábamos, también vinieron ellos con sus pecezuelas, y llevaron cuentas verdes que aquellos tenían en mucho. Pues demás de aqueste res-

cate traían comunmente todos los indios de aquella provincia unas hachas de cobre muy lucidas, como por gentileza y á manera de armas, con unos cabos de palo muy pintados; y nosotros creíamos que eran de oro baxo, y comenzamos á rescatar de ellas, digo, que en tres días se hubieron más de seiscientas dellas, y estábamos muy contentos con ellas, creyendo que eran de oro baxo, y los indios mucho más con las cuentas; y todo salió vano, que las hachas eran de cobre, las cuentas un poco de nada.”

Con motivo de este relato hace una muy justa observación el entusiasta minero D. Trinidad García en su pintoresco librito *Los mineros mexicanos*, y es que las hachas no deben de haber sido de cobre puro, que es rojo, sino más bien de bronce, cuyo color pudo hacerlo confundir con el oro bajo.

Parece ser, en efecto, exacto que con el bronce fabricaban las hoces, las picas y todos los instrumentos militares y rurales, y con el cobre sin liga, rojos, ollas, copas y otras variadas vasijas.

Tenían gran habilidad para hacer las picas de bronce, y cuando Cortés, preparándose al ataque contra Narváez, mandó hacer á los chi-

nantecas doscientas cincuenta, fueron trabajadas con gran primor, resultando tan buenas, que habiéndole estrellado con una de ellas un ojo á D. Pánfilo de Narváez, obtuvo Cortés espléndido y completo triunfo.

Por otra parte, el distinguido profesor del Museo Nacional, D. Jesús Sánchez, en un interesante estudio, refutó la aseveración de un sabio europeo, relativa á que los indígenas mexicanos no habían explotado las minas de cobre.

Y nada menos en un fragmento de la matrícula de los tributos, que está en papel indio de agave y con los caracteres fonético-descriptivos propios de la escritura azteca, consta que varios pueblos entregaban cada ochenta días algunos centenares de hachas y cascabels de cobre.

Por último, el sabio historiador Orozco y Berra encontró y estudió una antigua mina de cobre, con todos los indicios de haber sido trabajada á fuego por los indígenas.

Lo mismo observó el general D. Juan N. Méndez, entendido minero, en una mina también de cobre, en el distrito de Izúcar de Matamoros, del Estado de Puebla, según lo refirió al Sr. D. Trinidad García.

El oro era principalmente producido, según parece, en diversas localidades que forman hoy parte del Estado de Oaxaca. La plata era extraída de la región de Taxco, pero, según se sabe, no se tenía en gran aprecio el metal blanco. El cobre abundaba, sobre todo en Zacatollan y en la región de los Coahuixca.

El plomo provenía de las minas de las regiones ocupadas hoy por Zimapán y el Cardonal; y de diversos puntos el estaño, que, ligado al cobre, les servía también, según aseguran algunos, para fabricar monedas.

No descubrieron ó no supieron explotar los criaderos de minerales de hierro, pero aprovecharon los de azufre, ocres, y una tierra blanca (¿kaolín?), que estimaban en alto grado.

Con el ámbar, que abundaba en las costas de los dos mares, engarzándolo en oro, llegaron á producir objetos de adorno, tan curiosos y originales como variados y artísticos.

El asfalto, que encontraban en las mismas costas, les servía para la fabricación de ciertos perfumes.

En varios puntos del territorio encontraron y supieron utilizar en su ornamentación el cristal de roca, las amatistas, los jaspes y calcedonias, nefritas y cornerinas, obsidias, ágatas y ópalos.

Por último, de algunas regiones se recibían en la corte, como tributos, esmeraldas, ojos de gato, turquesas, granates (?), topacios (?), y "unas piedras verdes semejantes á las esmeraldas y poco inferiores á ellas," los berilos.

Con las piedras preciosas pagaban el tributo las regiones de los Mixtecas, de los Zapotecas y de los Coahuixcas.

Las ágatas, los jaspes y el cristal de roca eran suministrados por diversas poblaciones cercanas á la costa del Golfo mexicano, y entre ellas principalmente por Cosamaloapam.

En la interesante obra, mencionada ya, del profesor Peñafiel, aparece valorizado en cuatrocientos cuarenta y cuatro mil quinientos duros el importe medio de la tributación, de oro en polvo, en láminas, en tejuelos y en objetos de adorno, así como de cobre labrado en hachas.

El valor de dos mil quinientos duros es el indicado en la misma obra respecto de los tributos que se pagaban en turquesas, cristal de roca, ámbar y berilo.

La matrícula de tributos que, según los anticuarios, forma parte del Códice Mendocino, enumera las provincias que pagaban oro al imperio de México.

En la colección de lord Kingsborough consta que Tlapa daba "diez tabletas de cuatro dedos de ancho, y de tres cuartas de medir de largo, y veinte jícaras de oro en polvo." Yoaltepec, "cuarenta tejuelos del tamaño de una hostia y del grosor de un dedo." Coaixtla huacan, "veinte jícaras de pepitas ó polvo de oro." Coyolapan, "veinte tejuelos del tamaño de un plato mediano y del grosor del dedo pulgar." Tlachquiuhco, "veinte vasijas con polvo de oro." Por último, según otro dato curioso que aparece en la compilación del mismo sabio inglés, Tochtepec dió para el tributo á la nación "una rodela de oro con adornos del mismo metal, una pieza de oro á manera de ala para adorno del yelmo, una diadema de oro y un apretador del ancho de una mano, también de oro," así como "dos sartales ó collares de cuentas de oro."

Todos estos datos han sido tomados de las importantes obras á que se ha hecho alusión, así como de las de Sahagún, Cavo y Clavijero, y de las interesantes publicaciones de Troncoso, Chavero y otros distinguidos arqueólogos contemporáneos.

Agréguese que, según Orozco y Berra, "los mexica tenían ciertas reglas eficaces, en tiempo de aguas, para descubrir las vetas."

Con ello se habrá llegado al final de lo que hasta ahora se conoce respecto de los trabajos de los aztecas en las difíciles é interesantes industrias de los mineros, de los metalurgistas y de los joyeros.

Parece innegable que eran hábiles los indígenas orfebres, y por lo mismo es de lamentar que, en 1527, prohibiera el Emperador el ejercicio en México de tan hermoso arte.

Con razón exclama el continuador y comentar del padre Cavo, al mencionar la mal aconsejada disposición de esa Cédula real: "Por esta bárbara providencia se acabaron aquellos sabios plateros que fundían de un golpe un pez, con una escama de oro y otra de plata."

Resulta, pues, indiscutible que, para el estado de cultura de aquella época y teniendo en cuenta el aislamiento en que habían vivido del resto del mundo, los aztecas habían llegado á realizar notables adelantos.

Entre ellos, así como entre los muisecas de Nueva Granada, los peruanos y los habitantes de la región que ahora se llama Ecuador, "presentaba verdaderos progresos, fuera de otros ramos en que también se distinguieron la fundición de los metales preciosos."

Respecto de este punto, dice Orozco y Berra que "en Quito se conservaron por muchos siglos, en cajas reales, obras preciosas de platería americana," y que "hace pocos años, por un sistema de economía, que pudiera llamarse bárbaro, fueron fundidas esas obras, que probaban que muchos pueblos del Nuevo Continente habían alcanzado una altura de civilización muy superior á la que generalmente se les atribuye.

Pero en las leyes que rigen á los movimientos del oleaje humano, estaba escrito que esa civilización habría de chocar con otra más general que vendría del lejano Oriente.

Y, en efecto, llegó hasta las costas del Anáhuac la ola invasora que poco antes se había detenido en Cuba, y en la cresta de esa ola venían unas cuantas naves, y en esas naves unos cuantos hombres, y al frente de esos hombres el jefe español, impresionable y enérgico, que realizó la conquista.

Cuauhtemoc fué la encarnación viviente de las grandes cualidades guerreras del pueblo azteca.

Con él derrumbóse para siempre, con estrépito terrible, aquel poderoso imperio, y comenzó para México la segunda é interesante

etapa de su historia bajo la dirección del célebre Hernán Cortés, que fué también representante de la nación más batalladora de la época.

II

EPOCA COLONIAL.

Del imperio azteca pasamos á la colonia española, y en materia minera se transformó y creció la exploración, apenas comenzada por los primitivos pobladores del Anáhuac.

Aquella vasta y minuciosa investigación de todo el territorio, se lleva á cabo con inaudito tesón por los hábiles é incansables gambucinos de la época colonial. De la explotación rudimentaria por el fuego, del oro, de la plata y del cobre, se llegó al torrente caudaloso de metal blanco, lanzado por los españoles á la circulación monetaria universal. Por todas partes se descubren en nuestra República las huellas de los trabajos mineros de aquel entonces; labores que, andando los tiempos, habrían de ascender hasta las célebres explotaciones de Compostela, de Zacatecas, de Sombrerete, de Guanajuato, de Taxco y de Pachuca.

¿Qué fué lo que impulsó á los españoles á

explorar casi todas nuestras montañas en busca de criaderos minerales? ¿Fué tan sólo el hipo de oro, á que se refiere, en su acerba crítica del conquistador, el Padre Las Casas?

Es indudable que deben haber sido varias las concausas del movimiento:

El afán del lucro personal, que tantas y tan hondas y tan irreparables injusticias les hizo cometer; el deseo colectivo de enriquecimiento de la patria española, á la que enviaban periódicamente grandes remesas de los metales preciosos; el ahinco característico de cada español, en aquella época, de superar á los demás en la realización de las más grandes hazañas.

Cuando no les era posible ir á la guerra, lanzábanse á la lucha contra la naturaleza y contra lo desconocido en las abruptas montañas de los territorios nuevos.

La guerra misma les impulsaba á la exploración y al trabajo de los criaderos de cobre y de estaño, con el fin de proveerse de los metales entonces necesarios para la fabricación de los cañones.

Por otra parte, fué notable aquella ansiedad constante é imperiosa que sentían todos de cooperar con su esfuerzo al engrandecimiento de la conquista.